

Huevos a la victoriana



Irina Podgorny

Extinción, coleccionismo y los circuitos del lujo: la colecciones de huevos en el siglo XIX.

El 13 de marzo de 1888, la *Pall Mall Gazette* de Londres publicaba un nuevo record ocurrido en uno de los tantos remates de la ciudad. En la víspera, en el número 38 de King Street, en los salones de Mr. John Crace Stevens en el barrio de Covent Garden, cerca de la ópera y del mercado, un huevo de alca gigante (*Pinguinus impennis*; ver Box) se había subastado al extraordinario precio de 225 libras esterlinas, hasta ese momento el valor más alto jamás pagado por un huevo. El récord sorprendía pero no tanto. Hacía días que se anunciaba que, como parte del lote de la colección de huevos de la señora Wise, saldría a la venta dicho espécimen, comprado en 1851 por su esposo –el finado Mr. Wise– por 18 libras a un traficante de huevos de Oxford Street quien, por su parte, lo había importado de París.

Stevens, propietario de una casa que, desde la década de 1830, se especializaba en las subastas de objetos exóticos y de historia natural, se había asegurado de promocionar el excepcional y perfecto estado del ejemplar. El catálogo lo presentaba como un huevo de una calidad estupenda, sin roturas ni abolladuras. Saldría con una base de 100 guineas. En el lenguaje de los comerciantes eso se hubiese escrito “105 libras” pero los huevos de alca gigante no formaban parte del mercado del común de los mortales –que se limitaban a comprar huevos de gallina o de pato– sino del circuito, de la sociabilidad y de las inversiones de los caballeros y de las clases más refinadas. Como las obras de arte, los caballos o los servicios de los profesionales, los huevos de alca se vendían en guineas.



1 Huevos de gallina, alca y ñandú.

El huevo de la señora Wise fue comprado por James Gardner, el heredero de una célebre familia de taxidermistas, propietaria de un gabinete que, entre 1840 y 1920, estuvo situado también en Oxford Street. Los Gardner se especializaron en la manufactura de dioramas de aves y mamíferos que, aún hoy, se venden y se conservan casi intactos

gracias a la enorme cantidad de arsénico usado en sus preparados. Los Gardner, por otro lado, ya habían intervenido en la adquisición de otros tres huevos de alca gigante. Depositados en el Museo de Boulogne-sur-mer, hacia 1850, el conservador se los canjeó por un cuero de avestruz preparado por los británicos de Oxford Street. Una vez en Londres, estos vendieron los huevos a Mr. Potts, quien, en 1853, subastó dos de ellos para luego partir hacia Nueva Zelanda, llevándose con él un tercer huevo que conservó hasta su muerte en 1888. La viuda de Potts, por su parte, cedería el huevo de su esposo al museo de Canterbury en Christ Church. Los Gardner, de esta manera, no eran más que intermediarios en una cadena de inversiones que ayudaba a aumentar los precios. Así, luego de la venta de 1887, en Londres se rumoreaba que Gardner revendería su más reciente inversión a un coleccionista de los Estados Unidos de América.

Para esos años un huevo de alca se había transformado en una gran inversión y en una herencia que salvaba a viudas y huérfanos: los precios, en cada oportunidad -que no eran muchas- se iban incrementando. Así, mientras en 1865 cuatro huevos se remataron a 30 libras cada uno, en 1876 ya costaban 64 y, en 1880, la subasta de dos huevos había llegado a las 105 y 107 libras. En diciembre de 1887 -apenas tres meses antes del remate de King Street, se pagaban 188 libras. Ni hablar

El alca gigante (*Pinguinus impennis*) a pesar de su nombre no está relacionada con los pingüinos del hemisferio sur sino que es un ave Charadriiforme (como los teros, gaviotas) de la familia Alcidae, como los frailecillos del Hemisferio Norte. En realidad, el nombre pingüino (del gaélico pen gwyn, “cabeza blanca”, por las dos manchas blancas de la cabeza) le pertenece, constituyendo un caso típico de transferencia de experiencias y horizontes culturales entre el Atlántico norte y el Atlántico sur. Fueron los marineros y pescadores del hemisferio boreal quienes, al adentrarse en aguas australes y observar un ave aparentemente semejante, empezaron a llamar “pingüino” al que hasta entonces se conocía solamente como pájaro bobo.



El alca gigante habitaba las costas del Atlántico Norte y del mar Báltico, medía unos 80 cm y tenía un pico muy robusto. Estaba muy adaptada para nadar y bucear y ponía un único y enorme huevo de 13 centímetros de longitud y 400 gramos de peso. Sus restos aparecen en los concheros prehistóricos de Dinamarca. Ya en el siglo XVIII era muy rara y sólo habitaba Islandia. El último ejemplar vivo fue visto en 1852 en Terranova.

del incremento con respecto de los tiempos cuando un huevo de alca apenas si costaba una guinea. Los diarios se preguntaban, en el caso de que alguno de estos especímenes llegase a sobrevivir a los peligros del tiempo, del fuego y del agua, ¿cuánto se pagará por ellos en 1988? ¿Miles de libras? ¿O pasaría lo mismo que con los tulipanes que, luego del furor del siglo XVIII, su precio, a fines del siglo de las luces, cayó al nivel del penique para volver, así, al dominio de la jardinería y del mercado de flores?

Los huevos de alca, sin dudas, eran raros y la cuestión de la evolución de su precio era impredecible. El periódico *Standard* comentaba asombrado la emergencia de esta “alcamanía” de la era victoriana, quizás un nuevo hito en la larga historia de las tonterías que de vez en cuando contagiaban a una parte de la humanidad. ¿Cómo explicar -sin acudir a la estupidez- los precios absurdos pagados por unos huevos vacíos, carentes de interés científico? A fin de cuentas, no se trataba de otra cosa que de carbonato de calcio manchado con pintas entre amarillo-

nadas y negras. Uno o cincuenta daban lo mismo: para el zoólogo todos eran iguales. Aunque rozara lo absurdo, el coleccionismo de porcelanas o muebles del siglo XVIII podía justificarse por la admiración que causaba trabajo existente tras esos objetos. También podía comprenderse que un zoólogo se arruinara por una colección de lepidópteros o una caja con cueros de pájaro, materiales que, finalmente, serían útiles para sus estudios. Una cosa era pagar 600 libras por un *Archaeopteryx* o 200 por los moldes de las pisadas fósiles halladas en las areniscas rojas de Connecticut. Pero... ¿¿por un huevo lleno de aire?!

Es cierto, el alca gigante, ese pájaro bobo del Atlántico norte, esa ave rápida en el agua pero incapaz de volar, llena de grasa útil para alimentar loberos o pescadores hambrientos o para quemar como vela, no volvería a poner huevos en ninguna de las islas que tanto le gustaban a Borges. Por más que los zoólogos mandaran emisarios a Islandia, a las Feroe o a los más recónditos peñascos para ver si alguien podía dar aunque más

no fuera con una sola de ellas, en la década de 1880 ya se había aceptado que nadie volvería a avistar al “gran pingüino del norte”: la sobreexplotación y una serie de episodios volcánicos se habían combinado para llevarlos a la extinción. El último ejemplar vivo fue cazado en Islandia para cumplir con el deseo del mercado de coleccionistas deseosos de contar con un ejemplar en sus estanterías antes que el pajarraco se extinguiera. Y con ello, se sellaría la suerte anunciada por las noticias de pescadores y marineros del Atlántico norte que, ya desde hacía tiempo habían dejado de disfrutar de su sabor, de sus plumas y de su vista.



Hacia 1860 se había aceptado que del alca no sobrevivían más que algunos cueros y huevos en posesión de unos pocos museos y coleccionistas. Por entonces, el museo de Mainz, por ejemplo, todavía valoraba el ejemplar de alca en un valor de intercambio menor al de un tapir embalsamado, espécimen que obtuvo gracias a una transacción, que los administradores del museo alemán, al entregar el pájaro y obtener el mamífero más voluminoso de América del Sur, creían un excelente negocio. Los precios pronto empezarían a subir a ritmos de locura, demostrando el error estratégico cometido: el tapir, por ahora, no se extinguió y ningún ejemplar llegó a cotizar en Sotheby's.

Del alca, en 1880, apenas quedaban 66 huevos -43 de los cuales se hallaban en Inglaterra e Irlanda-, unos 80 cueros, diez esqueletos y unos 130 huesos sueltos, recuperados de los basureros de Dinamarca, las islas Hébridas, Islandia y Terranova. Habría que conformarse con ellos. O no: ya estaban apareciendo los falsificadores, pintores de manchas en los huevos de otras especies, aprovechadores de esa pasión que combinaba tres cosas: la posibilidad de hacer buenos negocios, el interés por coleccionar los vestigios de los animales extinguidos y el arrebato por los huevos y pájaros embalsamados que existía entre los británicos y los norteamericanos. Mientras la costumbre de los inmigrantes italianos de cazar y comer pájaros cantores se acercaba -según el punto de vista de los estadounidenses y de los ingleses- bastante a la barbarie, es probable que los primeros -de haber tenido la oportunidad de defender la fauna de Central Park- hubiesen mirado con sorna las ootecas, los tratados de oología y la enorme cantidad de técnicas y dispositivos existentes para vaciar huevos, venderlos y transportarlos en los que se afanaban los coleccionistas de habla inglesa de los más remotos puntos del mundo. Porque, llegados a este punto, los huevos no dejaban de batir récords, como aquel de la viuda de Potts que lejos de quedarse en un museo de Nueva Zelanda, en 1897 regresó a Inglaterra donde fue rematado en 294 libras, transformándose en el huevo que había viajado más kilómetros de toda la historia. O el de 1894, cuando Stevens volvió a romper

AAA 3839/2181

CAMBRIDGE
UNIVERSITY
LIBRARY

SALE No. 10079.
Sale by auction of Half-past Twelve o'Clock precisely.

BIRDS' EGGS

A CATALOGUE
of a further portion of the

COLLECTION OF EGGS

formed by the late Mr. L. STEVENS.

ABOUT 15 DOZEN BOXES FOR 2008.

AS

EGG OF THE GREAT AUK,

Eggs from the Collection of Baron d'Hamonville,

BEARDED VULTURE, &c., from the Collection
of the late Robert Champey, of Scarborough,
and Duplicates from several Collections.

WHICH WILL BE SOLD BY AUCTION BY

Mr. J. C. STEVENS.

AT HIS GREAT ROOMS,
No. 38, KING STREET, COVENT GARDEN, W.C.

On WEDNESDAY, 19th of JULY, 1899.

At Half-past Twelve o'Clock precisely.

On Two the day prior to the sale, at 10, 11, and 12 o'clock, and Catalogues sent of Mr. J. C. STEVENS, 38, King Street, Covent Garden, W.C.—By Air the Country by enclosing postage stamp.
Telegraphic Address—“AVER, LONDON.”

Printed & Col. Printed, No. 11, York Street, Soho, W.

2 Catálogo de la colección de huevos del Barón d'Hamonville, que saldría a remate en 1899.

un hito y a convocar en su sala a los coleccionistas de huevos y de curiosidades más prominentes de las islas británicas.

“¡Caballeros! –había dicho Stevens, dirigiéndose a la audiencia- “Creo que me asiste todo el derecho del mundo si, al describir este huevo afirmo que es el más interesante de todos de los que tuve el privilegio de vender. El más hermoso” –continuó diciendo, mientras su palma acariciaba c un huevo sucio, de unas tres pulgadas y media de alto y un poco menos de diámetro en su parte más abultada- “Tiene una historia. William Yarrell [el zoólogo inglés que, entre otras cosas, describió el ejemplar de pichiciego que el cónsul Woodbine Parish transmitió a Inglaterra]- pagó por él un franco a una pescadora de Boulogne, quien por su parte lo había obtenido de un pescador del Mar del Norte. En 1856, luego de la muerte de Yarrell, fue vendido en este mismo sitio a 20 guineas, pero no por mí –decía Stevens, con un dejo de tristeza - que, en ese tiempo, apenas era un escolar. Veinte años después volvió a cambiar de dueño, para pasar a las propiedades del Barón Louis d’Hamonville. Sin dudarle, puedo afirmar que conozco este huevo casi desde el momento en que fue puesto”.

Stevens, había terminado su discurso de experto rematador apelando a la fibra más sonante de su público: “Es una cuestión de patriotismo que este huevo no salga de Europa: ¡su lugar es el Museo Británico!” A tanta efervescencia, le siguió el silencio. Nadie sabía cuánto ofrecer por el egregio cascarón. Stevens dio una pista: no aceptaría ninguna cifra por debajo de las cien guineas. Y el palabrerío tuvo éxito: el huevo fue vendido por 300 a Sir Vauncey Crewe, un baronet dueño de un santuario de aves que alimentaban su pasión por la caza y la taxidermia. Sir Vauncey, en efecto, fue uno de los coleccionistas del fin de la era victoriana más importantes de huevos, pájaros embalsamados y mariposas, una reputación a la que el huevo de Yarrell debe haber ayudado a cimentar.

Los huevos, con sus historias de viajes y de precios, nos hablan de los valores absurdos que puede adquirir lo inservible en el mercado de los objetos de lujo que, a fin

de cuentas, dependen de las modas y de las palabras vacías, como aquellas de Stevens, llamando al amor propio nacional mientras alababa y acariciaba un huevo de un pájaro que ya no existía. Estos discursos tan huecos como el huevo en sí, en no hacían más que esconder las transacciones existentes entre los comerciantes de la historia natural y los amantes de la naturaleza muerta. En ese sentido, el huevo de la desdichada alca gigante quizás haya sido el mejor símbolo para celebrar dicho matrimonio.◆

Agradecimientos

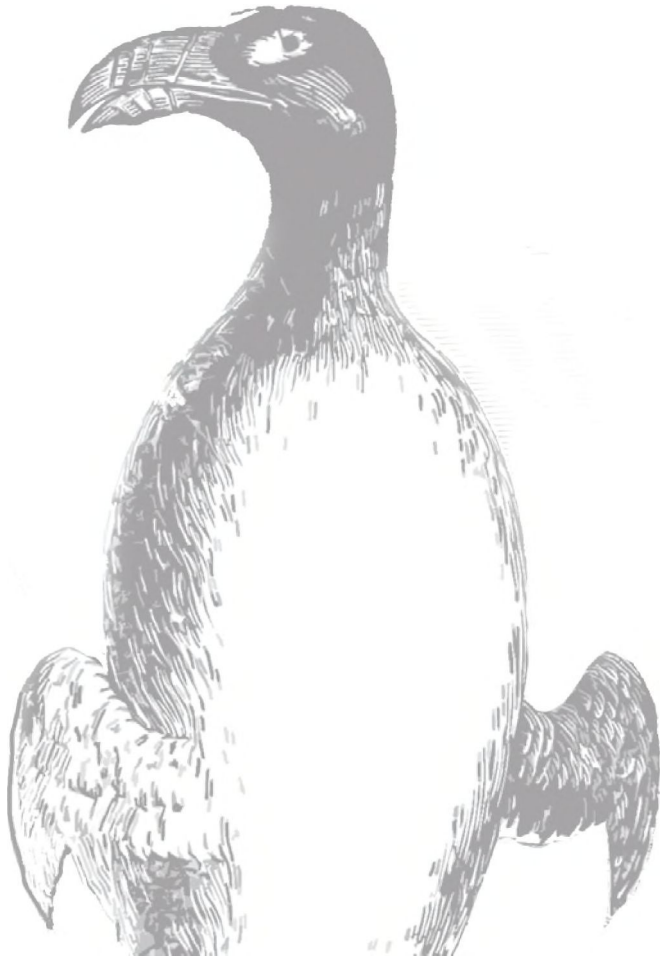
Este trabajo se basa en material de archivo del ornitólogo y profesor de zoología Alfred Newton (1829-1907), depositado en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, el cual pude consultar durante mi estadía en el Latein Amerika Institut de la Universidad Libre de Berlín gracias a la generosidad del Prof. Stefan Rinke y de la Fundación Alexander von Humboldt (Premio Georg Forster). Agradezco a los bibliotecarios y archiveros de Cambridge y muy especialmente a Claudia Daheim, por su ayuda en todas mis investigaciones.

Lecturas sugeridas

Para seguir leyendo sobre el alca gigante y el problema de las extinciones históricas: I. Podgorny, „Las extinciones históricas: La vaca marina de Steller, el poder de las imágenes y el problema de la evidencia en la zoología del siglo XIX“, en: *ArtCultura: Revista de História, Cultura e Arte*, v. 17, n. 30, Uberlândia, jan.-jun. 2015.

Sobre el comercio de huevos, pájaros embalsamados o sus cueros y las economías de la extinción ver: Tim Birkhead, „How collectors killed the great auk“, en: *New Scientist* 142 (1994), 24-27; R. A. Baker, „Going, going, one-The ‘Durham’ Great Auk“, en: *Archives of Natural History* 26, 1 (1999), 113-119.

Hay muchos trabajos sobre manías ligadas a la colección de plantas o animales a escala aún mayor y de verdadero impacto en la economía. Entre ellas, la tulipomanía del siglo XVII y la colección de orquídeas u „orquidelirio“ contemporáneo, Ver, por ejemplo, Mike Dash, *Tulipomania: The Story of the World’s most Coveted Flower and the Extraordinary Passions it Aroused*, Londres. Gollancz, 1999.



Irina Podgorny.
 Archivo Histórico del Museo de La Plata. UNLP
 Investigadora Principal del CONICET